

El mundo en los años ochenta

Fernando Morán (*)

El mundo siempre ha sido, como el título de la gran novela de Ciro Alegría, ancho y ajeno. En los ochenta lo va a ser un poco más, para los occidentales, quiero decir. Desde los sesenta, con la descolonización, se fue viniendo abajo el supuesto del eurocentrismo: se fue descubriendo la pluralidad de culturas y los pueblos excluidos fueron reivindicando la consecuencia de este pluralismo; primero, políticamente —independencias, no alineación—, luego, económicamente —nuevo orden económico internacional—. Pero hasta hace muy poco seguían imperando en los análisis los instrumentos y preconceptos eurocéntricos. Desde la gran revolución iraní y el papel reivindicador del Islam ya no es posible. El primer cambio —a él volveremos— es lo que podría denominarse *mutación en los instrumentos de análisis*. El mundo es, en verdad, muy ancho y muy variado. Lo es también en términos de poder. La bipolaridad nunca lo ha sido verdaderamente. Pero era un eje referencial para casi todas las situaciones que se pudiesen plantear. Lo es cada vez en menor medida.

El mundo será en los ochenta un lugar bastante peligroso en el que hemos de vivir. A causa de los peligros, siempre existentes, de rupturas de los equilibrios de poder entre los bloques. Pero también —y aun presentando mayor riesgo— por la crisis económica y por la crisis de modelos. No existen modelos de organización política, de sociedad, ni siquiera de prejuicios que tengan una vigencia que se aproxime a lo universal. Esto viene siendo así desde la crisis del liberalismo del europeo, del tiempo, para entendernos, de Thomas Mann. Pero los modelos que se alzaron frente a esta crisis, el socialista y el fascista, han sido, el primero debelado debelado y el segundo colocado en la necesidad de una

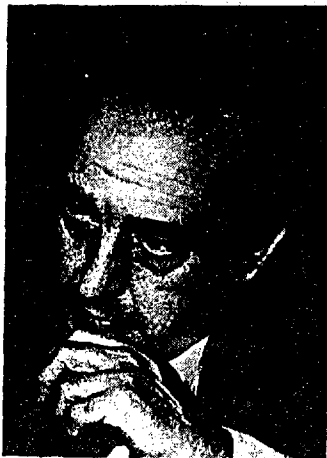
profunda renovación intelectual. A pesar de su corta vida, las pretensiones de la descolonización, lo que podría denominarse ideología modernizante tercermundista, ha ido demostrando su dificultad para motivar políticas concretas que permitan el desarrollo y que, a la vez, respeten los valores autóctonos.

Frente a tanto cambio y tantos saldos de insuficiencias, las inercias. La inercia de seguir pensando las superpotencias en términos globales, cuando su poder efectivo no es universal; la inercia de la definición ideológica frente al antiguo adversario comunista o capitalista; la inercia de pensar en términos de desarrollo sobre la base de la existencia de recursos infinitos —a pesar de las serias advertencias de los informes del Club de Roma y la carta de Sico Monsholt—; la tremenda inercia de las Iglesias establecidas respecto a las manifestaciones de necesidad de religiosidad creadora; más que inercia en este caso, una reacción defensiva que si no conduce al integrismo, lleva a un cerrar filas desde el dogma y la disciplina.

Estas inercias han caracterizado estos años, y probablemente seguirán operando —y en algunos puntos, incrementándose— en los primeros años de los ochenta. Hacia mediados o finales de la década, sin embargo, tendrá que terminar la actitud defensiva y excluyente frente a los nuevos factores y los países y minorías hasta ahora rectores —capitalistas y comunistas— tendrán que encontrar una lectura de sus intereses adaptada a la nueva realidad.

La crisis

La admisión de una realidad está siempre retrasada respecto al momento en que ésta aparece. El mundo de 1971 a 1977 ó



1978 se ha considerado seguro, cuando los factores de crisis ya se habían desarrollado. En nuestro caso concreto, la consideración por parte de los occidentales —en especial de los Estados Unidos— de la situación como segura y controlable ha permitido nuestro ensayo de reconstrucción democrática en la forma de la amalgama reforma-ruptura.

La distensión comenzada decididamente en la entrevista de Vladivostok en 1974, el comienzo de las SALT-I, la construcción europea, la liberación de la pesadilla indochina para América, la nueva paridad en el Próximo Oriente desde fines de la guerra de Yom Kippur, el equilibrio a la U.R.S.S. por China y el fin del proceso de guerrillas

en Latinoamérica, coincidieron en hacer recobrar a la potencia hegemónica occidental su confianza. Ni siquiera el tremendo episodio del Watergate y el desprestigio de la institución esencial, la Presidencia, sumieron en pesimismo, ni en desconfianza respecto a su papel mundial. La U.R.S.S. por su parte, tras la aceleración de la desestalinización en los cincuenta y tras reforzar brutalmente la cohesión de su zona en Checoslovaquia en 1968, sigue una actitud de inercia, conforme a una dirección política de tecnócratas de elevada edad. Solamente en lo militar, la U.R.S.S., desde fines de los sesenta, tiene una política activa, preparando una nueva paridad militar.

A fines de los sesenta, Occidente llevaba tres décadas de aplicación, en resumen exitosa, de las técnicas keynesianas de corrección del ciclo. Estaban en voga, por otra parte, las recetas monetarias de la escuela de Chicago. El pensamiento económico se asentaba en el desarrollismo: extendido a otras áreas por los técnicos de Naciones Unidas, por ejemplo a Latinoamérica para la escuela de la CEPAL.

El sistema se basaba en: a) una influencia muy limitada de los países periféricos en la configuración del orden económico mundial; b) el mantenimiento de la relación real de intercambio en favor, decisiva e inapelablemente, de los industrializados; c) en un sistema monetario casi único o, en todo caso, preponderante, basado, desde los acuerdos de Bretton Woods de 1944, en la admisibilidad del dólar y en su convertibilidad en oro; d) en la dependencia del capitalismo periférico respecto al capitalismo central.

No es momento ahora de analizar cómo

(Pasa a la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

cada uno de estos supuestos se ha desintegrado. La influencia limitada —pese a los movimientos políticos de no alineamiento— se ha de transformar en una multiplicación de los centros de poder y, sobre todo, en la constatación de la incapacidad de los supergrandes de controlar —e incluso de entender— los procesos ajenos con sus instrumentos de dominación y análisis. La relación real de intercambio continúa operando desfavorablemente para dos tercios de la humanidad; pero, en ciertos productos —como el petróleo— está llegando al punto de compensar la desigualdad general.

Desde la segunda devaluación del dólar en 1973, la caída es una tendencia, que se agrava desde hace unas semanas. El dólar ha perdido desde 1973 a 1979 un 50 por 100 de su valor respecto al marco alemán y un 45 por 100 respecto al yen. Como consecuencia, la tendencia es al fraccionamiento del sistema monetario y financiero en varios sistemas y una tendencia general al proteccionismo. La periferia va comprobando la imposibilidad de desarrollarse mediante la adopción del modelo central. La imitación consumista agota el excedente que produce la innovación tecnológica importada. Las oligarquías periféricas —el ejemplo es claro en el Cono Sur— no encuentran seguridad en el sistema y reaccionan defensivamente ante las expectativas del pueblo en una involución política.

Los mismos esquemas integracionistas que se basaban en supuestos expansionistas. Inevitablemente se orientan, también, hacia la protección.

La nueva lectura del equilibrio de poder

La concidencia y la alarma ante la crisis produce hacia 1978 una reconversión de las lecturas del equilibrio de poder. Los Estados Unidos, y a través de ellos de Occidente, pensaron desde los años cincuenta en la U.R.S.S. como en una superpotencia.

Importa menos que los planificadores tuvieran idea más exacta. La imagen

proyectada y aceptada era la de una potencia con responsabilidades y capacidades rectoras. De hecho, la U.R.S.S. tuvo que aceptar su papel mundial, por su enfrentamiento con una verdadera superpotencia, antes de que tuviese influencia general. Su visión era siempre psicológicamente defensiva. Consciente de sus debilidades tecnológicas y económicas y de la necesidad de una tremenda presión política para mantener la cohesión del complejo de Europa oriental, donde el comunismo había llegado súbitamente e impuesto desde fuera y donde las nacionalidades tienden a la dispersión. De ahí el carácter agresivo de muchas de sus formulaciones externas.

Pero en estas circunstancias desde fines de los sesenta se produce un avance sustancial del aparato estratégico soviético —ICBM y armas de teatro y medias como los SS-20 y los Backfire— y un incremento considerable de su capacidad nuclear. La nueva paridad —superioridad de teatro, compensadas por el mayor número de cabezas nucleares y medios tecnológicos americanos— permite a la U.R.S.S. intervenciones como las de Angola y el Cuerno de África. El escenario se convierte en global.

Ante esta realidad, desde 1978, los Estados Unidos, en vísperas del fin de las conversaciones SALT-II y anunciándose un año electoral, proyectan una lectura del equilibrio con tintes de alarma. A la distensión psicológica de los sesenta, sucede, de nuevo, como en los años cincuenta, una militarización del pensamiento político. Esta lectura y un análisis de los acuerdos SALT tienen el efecto de sacudir a Europa, que vuelve a ser consciente de su vulnerabilidad. De ahí el doble movimiento: hacia el refuerzo del sistema general, y comienzo de un pensamiento estratégico propio (teuroestrategia). Nada permite suponer que en los ochenta la posición general de los países occidentales va a ser de inferioridad. Pero la alarma ha servido para que se comience a ser consciente de que los equilibrios anteriores —y las coberturas de defensa nuclear— no pueden ser consideradas como algo automático y natural. Y

para presentar la opción armamento indefinido o distensión institucionalizada.

El cambio de los instrumentos de análisis

Desde los sesenta, a todos los efectos de planificación internacional, el método aplicable generalmente era el de los *estadios de desarrollo*. Era más simple que el analizar las especificidades culturales, religiosas, históricas. A cada estadio —despegue, desarrollo autopropulsado, etcétera— corresponderá, a la postre, un tipo de organización política. Servía, además, para justificar a vista de arcángel a las dictaduras de los países conectados con el capitalismo central. Eran, a pesar de todo, dictaduras para el desarrollo. Paralelamente en el Este la teoría del desarrollo marxista era también aplicable universalmente. En este sector, la especificidad del marxismo chino fue más precoz en la ruptura de los esquemas.

No solamente la revolución china en el Irán, sino todo el fermento islámico y el renacimiento de doctrinas políticas de salvación, plantean a los pilares de la pretendida bipolaridad un problema de análisis y de práctica. Todo sería más fácil si la desintegración, o mejor, el fraccionamiento del sistema económico en subgrupos —importancia creciente, por ejemplo, del Japón y de los países de la ASEAN, crecimiento calculado más rápido de los países intermedios, etcétera— y el peso financiero de los países de la OPEP no redujese el poder de los antiguos centros.

La perspectiva es, pues, de múltiples centros regionales y de diferentes valores que regirán las actitudes políticas. En consecuencia, la posibilidad de tensiones y aun conflictos locales. La inercia de tratar estos conflictos concretos desde el prisma de una bipolaridad no existente crearía riesgos serios de catástrofe.

En esta perspectiva incide la previsión de cambio de personal político formado en las antiguas ideas. Evidente en la U.R.S.S.,

donde lo probable es una dirección tecnocrática durante unos cinco años, que debe dejar paso a gente con otras ideas. Lo mismo que en el Este. Cambio que se anuncia en China. En América una institución disminuida, como es la presidencia, no encuentra todavía verdaderos candidatos. En Europa el papel de la sociodemocracia tradicional se agota y el nuevo centrismo es una amalgama de un neoliberalismo económico indefenso ante la crisis y de un populismo conservador con imagen decisionista (Thatcher). La Iglesia vive un período defensivo que se manifiesta en una vuelta a la concepción de Iglesia como potestad frente a la Iglesia como comunidad de fe.

Las perspectivas de los años ochenta

El lector no debe concluir en el pesimismo. Los primeros años de la década que se inicia, es cierto, van a ser defensivos por parte de los dos bloques tradicionales. Van a tratar de consolidar posiciones. Ante la multipolaridad es posible que se llegue a un acuerdo conservador. Es casi probable que así sea dada la mutua capacidad de destrucción. Serán años desconcertados respecto a los problemas de fondo. En Europa la nueva ampliación de la CEE obligará a una consolidación, tal vez con ribetes proteccionistas.

Pero durante estos años se dibujarán las tareas para el segundo quinquenio:

- Búsqueda y consolidación de un nuevo equilibrio.
- Instauración de un orden económico mundial, financiero, monetario que tome en cuenta los nuevos datos.
- Admisión de la descentralización del poder y creación de zonas para el tratamiento de problemas específicos.
- En lo que se refiere a Europa, superación del pesimismo respecto a la relación entre Estado y sociedad que es el supuesto del nuevo conservadurismo.

(*) Senador del PSOE por Asturias.